

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago
Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO V

DICIEMBRE 31 DE 1928

NÚM. 10

Frédéric Lefèvre

Una hora con Eugenio d'Ors

EN la piscina de un club, en las proximidades de la Plaza de la Concordia, encontré por primera vez al filósofo. Estaba casi desnudo, y nadaba. Obligado a permanecer frecuentemente en París, para seguir, como representante oficial de España, los debates del Instituto de Cooperación Intelectual, Eugenio d'Ors no puede ni quiere permitirse llevar aquí la existencia libre y dispersa de un turista. Consagra toda la mañana a sus trabajos ordinarios. Sin embargo, como conserva en todas partes la costumbre española del almuerzo tardío, le queda aún una buena hora al mediodía, para los ejercicios corporales y para ese «placer de desnudarse» que es, en él, más que una higiene, casi una moral.

—Si—me confía—, las costumbres de la antigüedad vuelven. Las más agudas sensibilidades no buscan ya resucitar en una *vida al revés* la preciosidad de un des Esseintes o de d'Annunzio. Se gusta nuevamente, hoy día, el valor de una existencia sin complicaciones superfluas. Quanto al desnudo, cuya libertad y hasta culto es, en mi opinión, una de las manifestaciones más importantes de la civilización contemporánea, ¿co-

noce usted la leyenda que se refiere a la construcción de la iglesia de San Wofang en Sulzkammergut? El santo obispo arquitecto empleaba en ella a los demonios. Una vez terminada la obra, se desembarazó de ellos por medio de un exorcismo, sin pagarles su trabajo, por cierto... Así, a menudo, las fuerzas malas cooperan a una obra de bien.

«Ciertamente, en esta moda de la libertad del cuerpo colaboran muchas tendencias que conservan un carácter turbador y demoniaco. No queda sino que ellas trabajen, sin saberlo seguramente, por acercarnos a esa meta esencialmente moral: separar con limpieza el «sentimiento del cuerpo» —de orden superior, puesto que es de naturaleza clara y orgánica— del «sentimiento de la carne», oscuro, amorfo... Me he sentido feliz de ver a nuestro amigo Henry de Montherlant exponer, con la autoridad que le confiere una larga experiencia deportiva, puntos de vista análogos. Debo agregar que, para mí, esta diferencia entre «cuerpo» y «carne» es absolutamente la misma que separa la «palabra» del «grito», y, en último análisis, lo clásico de lo romántico o mejor—usted conoce mi terminología—barroco.»

Observo a mi interlocutor. La vida deportiva le ha hecho bien. Los que lo conocen de cerca aseguran que sus sentidos tienen la acuidad de los de un primitivo. Prescinde del óptico y del dentista y ve a su médico cada diez años. Afirma poder dormir sólo una noche de cada dos, ayunar o cometer excesos, a voluntad...

—No he llegado a este equilibrio corporal en un día. Salido de una familia ciudadana desde muy antiguo—mis antepasados habían abandonado ya en el siglo XVIII sus tierras de Ors, en la actual provincia española de Lérida—, nací en Barcelona y allí viví mis primeros años, pobre niño débil y enfermizo de quien la crueldad de los camaradas se burlaba porque la prudencia paternal lo obligaba a llevar gabán de piel, cosa extraordinaria en esa ciudad de clima templado... Este abrigo ha desempeñado un gran papel en mis sufrimientos infantiles. A los diecisiete años los médicos declararon que podía, en rigor, continuar mis estudios, a condición de rodear mi salud de muchos

cuidados y, por ejemplo, recogerme a la casa siempre antes de las seis de la tarde... Sólo que el nuevo siglo comenzaba y se presentaba rico en tentaciones y en quimeras. La época se anunciaba para mí como una fiesta y valía la pena arriesgarlo todo para no ser excluido. Así fué cómo, después de haber sufrido durante algún tiempo el régimen melancólico preconizado por los doctores, partí.

«Lo abandoné todo a la vez: ciudad, patria, cariño, familia. Me convertí en el estudiante vagabundo de las Universidades europeas, de París—París sobre todo—, de Ginebra, de Heidelberg, de Munich... Había hecho antes en Madrid estudios de derecho en el momento en que la crisis moral producida en España por la pérdida de nuestras últimas colonias, al traducirse en una especie de examen de conciencia (¡nosotros hemos tenido nuestro «après-guerre» en 1900!), denunciaba los males del aislamiento. Nuestros Gobiernos empezaron entonces a enviar al extranjero pensionados, cuya influencia en la vida intelectual española merecerá un día ser analizada, en conjunto, por nuestra historia.»

—¿Trabajó usted, sin duda, en filosofía durante estos años «de viaje» y de «aprendizaje» a la vez?

—En filosofía y en todo. Todo me atraía como todo, hoy aún, me atrae. La ciencia y las letras. El pensamiento y la vida. Las artes, todas las artes. Los oficios en sus formas más humildes y recoletas. Los paisajes y la historia. Los grandes hombres y las existencias silenciosas. Roma y el desierto. Mi curiosidad ha querido violarlo todo. He tenido temprano la intuición de que la filosofía era un orden de saber desprovisto de contenido propio y que debía encontrar su dote en cualquier parte, con la misión de transformarla, de convertirla en distancia eterna, de transformar, como tengo costumbre de decir, «la anécdota en categoría...»

Miro de nuevo al autor del *Glosari*, ese *Glosari* que cuenta ya más de veinte volúmenes y que es, como dice M. Sarrail, el profesor de Poitiers, en su prefacio a la versión francesa de *Tres horas en el Museo del Prado*, de Eugenio d'Ors, no tanto

el diario de una existencia como el de una inteligencia. De una inteligencia a la que nada permanece ajeno. «*Summa* de los tiempos nuevos» ha sido llamado el Glosari en Francia. Y en Alemania la *Allgemeine Rundschau* ha escrito: «Eugenio d'Ors, el Sócrates de la España moderna...» Pero no es en Sócrates en quien pienso ahora. Este elogio exaltado de la curiosidad universal haría pensar mejor en Goethe.

Agrego:

—Como uno de sus trabajos de psicología se titula *Estudio sobre la curiosidad*, debe usted haber comenzado a predicar con el ejemplo y entrar en la escuela de los grandes curiosos de la historia, como Leonardo y Goethe.

—Sin duda Goethe es el hombre que, por su sentido tan perfecto de la totalidad, por ese gusto de vivir en la unidad, por ese apetito de síntesis que manifiesta en las cosas más pequeñas y hasta más triviales, puede despertar fuertemente la emulación de un espíritu joven.

«En cada gran hombre un don, una cualidad, una gracia, una obra, pueden atraernos de preferencia. Podemos envidiar la serenidad de Platón, la fecundidad de Shakespeare, el estilo de Voltaire, el automóvil de nuestro vecino. Podemos desear ser los autores de la Capilla Sixtina o de tal *Minueto* lleno de inspiración y de facilidad, pero quisiéramos ser Goethe. Aquí el modelo es de tal manera rico, hasta tal punto superior, que su contemplación nos conduce casi a esa extraña blasfemia de renegar nuestra personalidad y desear cambiarla por la suya.

«Un espíritu clásico gustará siempre del acierto, no precisamente del acierto de ser feliz o, como se dice, de llegar (¡qué mezquindad!), sino del acierto por excelencia, que fué el de Goethe. Hubo otros más grande que él que no tuvieron su suerte. Testigo ese Leonardo que es el ejemplo del fracaso en la ambición de ser ángel.

«No vacilo, por lo demás, en dar a Goethe el nombre de filósofo, dejando al vocablo la plenitud de su sentido. Es preciso no olvidar la separación, muy neta, que Schopenhauer estableció con tanta agresividad entre el «filósofo» y el «profesor

de filosofía». Las costumbres burguesas y el funcionarismo académico han terminado por producir en esta materia una confusión detestable. Se ha tratado de seccionar la actividad filosófica en uno de los tres departamentos del saber y hasta en un sector de la administración pública. Ni los casos de Platón, escultor y poeta; de Leibniz, filósofo, matemático, crítico, abogado, historiador, hombre de Estado; de Descartes, soldado y autor de *ballets*; hasta de Kant, sí, del seco y metódico Kant, profesor de geografía y autor de gramáticas, para no hablar de las personalidades inclasificables como Montaigne y Voltaire, o de aquellos a quienes se han hecho atribuciones dudosas—pienso en Bacon que, al decir de algunos, sería el autor de las piezas de Shakespeare—, han convencido a estos guardianes rigurosos de las clasificaciones hechas. Los desdichados, si gruñen contra Nietzsche, ¿cómo podrían acoger a Goethe?

«Y, sin embargo, si se rehusa a este poeta el nombre de filósofo, ¿cómo nombrar, pregunto, el conjunto de pensamientos que se ordenan, enciclopedia viva, en ese libro extraordinario: las conversaciones con Eckermann? Esta reunión tan variada se organiza inevitablemente en sistema y puede ser reducida a una sinopsis, a un encadenamiento lógico de principios al rededor de una intuición central. ¿Cómo no llamar filosofía a una doctrina que posee estos tres caracteres: originalidad de concepción, unidad orgánica del desarrollo y universalidad del objeto?

«Estoy en todo de acuerdo con su interlocutor de un día, André Suarès, que le declaraba a usted que no se había hecho justicia a Eckermann. Eckermann ha descubierto una *terra incognita* en el orden de la expresión formal en filosofía. Es un inventor al mismo título que Platón por su descubrimiento del *diálogo* y Renan por el del *drama filosófico*. Todos estos descubrimientos son episodios en la historia general del pensamiento entendido como diálogo, es decir, como verdadera *dialéctica*. (Note que estas dos palabras tienen la misma raíz, índice de un parentesco de significado.) Pero sobre este tema tendría muchas cosas que decirle, y como debería ponerle a usted mismo en la discusión...»

—... Es mejor dejar de lado esta parte de nuestra conversación. ¿No es usted de los que creen que el diálogo es una variedad del ensayo, y que en suma Platón y Renan no eran sino ensayistas?

—La moda inglesa del ensayo ha ganado el continente. Me repugna. Corresponde a un fragmentarismo que es lo más contrario que puede haber a todo pensamiento filosófico. Quiéralo o no, toda verdadera filosofía es un sistema, es decir, una organización total, una estructura, una arquitectura. Pero cierta impotencia ha esterilizado, en el plano filosófico, a los hombres cuya obra cabalga entre el siglo diecinueve y el actual.

Así es en cierto grado significativo lo que ocurre a Jorge Simmel, cuya acuidad de visión no encontraba igual sino en su radical incapacidad para construir.

«En rigor, y en otro orden de producción, esta impotencia fué también la dote de Rodin. *La Puerta del Infierno* que soñaba su ambición quedó para siempre en *panne*, a pesar de que multiplicó los trabajos fragmentarios, los esbozos. Como no había concebido su síntesis sino muy vagamente, no llegó jamás a una realización del conjunto.

«En las nuevas generaciones, por lo contrario, un cuidado constante de totalidad y de unidad las hace odiar por instinto todo lo que no tiene significado preciso en el conjunto de una obra personal. Hasta para un impresionista como Proust, ¿no se nos ha pedido esperar la publicación completa de la obra para formular un juicio sobre su valor arquitectónico?»

—Es así como la obra de usted, que avanza en direcciones tan distintas y arrastra tanto fragmento de *circunstancia*, sigue estando, sin embargo, sólidamente organizada en torno a un sistema central.

—Sí, casi desde el comienzo.

—Un sistema de tendencias intelectualistas, o mejor, neo-intelectualista...

—Justamente, en contradicción con el intuicionismo y el pragmatismo de los maestros de nuestra generación, los Bergson, los Boutroux, los Blondel, los William James... Pero, como

dice usted muy justamente, nuestro intelectualismo es y debe ser un neo-intelectualismo. Personalmente mi ambición ha sido siempre cumplir lo que llamo la reforma *kepleriana de la filosofía*. Usted sabe que Kepler, reemplazando, para la cosmografía, el esquema en *órbitas*, en círculos de los antiguos, ha acertado, al mismo tiempo, a integrar en la racionalidad cierto número de hechos que los progresos de la observación habían arrastrado a los astrónomos a comprobar, y que, hasta entonces, se debía considerar como *irracionales*, y salvó de tal manera la *explicación regular del mundo*. Encontró para esto la *elipse*, forma más complicada, más flexible, por decirlo así, que el *círculo*, curva cerrada en torno a dos centros y no a uno sólo... Pues bien, lo que falta descubrir, si me atrevo a decirlo, es la *elipse de la Razón*, la forma que esté en la misma relación con la razón del antiguo racionalismo que la elipse con el círculo... En otros términos, proceder con las adquisiciones del pragmatismo (importantes, sobre todo, en su parte negativa, de crítica de la ciencia) como un día han hecho las monarquías absolutas con las fuerzas populares revolucionarias. Hacer como el fuego. Aceptar la limitación para conservar la soberanía.

«Lo que reprocho, vea usted, a algunos espíritus excelentes como Benda*, es comprometer, por *exceso de celo*, una causa que nos sería común. ¿Cómo puede pensarse en una vuelta literal al antiguo racionalismo?...»

—Nuestros lectores se sentirían muy satisfechos si supieran cómo ha podido insertar usted mismo su sistema en este intelectualismo engrandecido.

—Temo que este resumen en algunas palabras sea una empresa que no permita la improvisación de nuestra charla... Un ensayo de este orden debe, por lo demás, encontrar según sus proyectos, su lugar oportuno en nuestras próximas reuniones. Para lo que sea una caracterización general, puede usted desde luego notar esto: partiendo, de un lado, de relaciones estrechas entre la «dialéctica» y el «diálogo», mi doctrina reúne, en el

* Se refiere a Julien Benda, autor de *La trahison des clercs*.

mismo proceso de abstracción, operando directamente sobre lo concreto, a la *filosofía* y al *dibujo*, actividades gemelas del espíritu y cuyo funcionamiento, en mi opinión, es estrictamente análogo. Colocado, en teoría, entre la pintura propiamente dicha—arte inevitablemente de imitación—y la adgrafía—puro sistema de signos—, el dibujo realiza lo abstracto-concreto, como la filosofía, a medio camino entre la historia, cuyo objeto es lo concreto—*casi* lo concreto (Croce no tiene razón)—, y la matemática, cuyo objeto es la abstracción *casi* la abstracción (la «Logística» no es sino un sueño... ¿una pesadilla?).

«Salvo el primero de mis trabajos, *Religio est libertas* (publicado en Heidelberg, hace veinte años; traducido más tarde al italiano por el profesor Vidari), y cuyo objeto es descubrir lo que hay de no reducible a la determinación, al *dibujo*, y que concluye formulando la tesis de la afirmación de la libertad *como substancia*, no como cualidad adjetiva (por eso rehusó el derecho a hablar del *libre pensamiento*, pues no conozco otra expresión legítima que la *libertad pensante*), todo el resto de mis esfuerzos, al mismo tiempo que ligaba fuertemente los conceptos de «filosofía» y de «dibujo», ha tratado de presentarse a su vez como una construcción reducible al dibujo, al esquema, a la sinopsis. Se pueden distinguir en este trabajo de «estructuración» tres etapas: desde luego de 1908 a 1914 soy aún un «disperso», como la mayor parte de mis contemporáneos; trabajo el *trozo*. La colección de estos trozos ha sido sin embargo reunida y clasificada por dos de mis alumnos en una antología titulada *La filosofía del hombre que trabaja y que juega*. La segunda etapa, entre 1915 y 1921, prepara la sistematización, por medio de los cursos de mi seminario de filosofía de Barcelona; a partir de este momento *no hago más monografías filosóficas*... En fin, el sistema ha sido expuesto integralmente, por la primera vez, en 1921, en la Universidad de Córdoba (Argentina).

«Una primera parte, la *Dialéctica*, puede ser considerada desde luego como completa. Quedan dos más para completar el conjunto: la *Física*, o tratado de la naturaleza, y la *Poética*,

tratado del espíritu (entendiendo siempre el espíritu como creación, *poesis*). Esta última parte me ocupa todavía: la *Kulturwissenschaft*, ciencia de la cultura está considerada como uno de sus capítulos. Cuanto a la Física, he presentado una parte de ella en un curso hecho en la Academia de Ciencias de Lisboa sobre *La concepción cíclica del Universo*.

«Pero por diverso que sea el criterio de este conjunto, insisto en creer que es siempre reducible a un esquema, a un cuadro sinóptico, a un dibujo. Haría mío de buenos ganas el dicho de Lord Kelvin: «Lo que se me puede dibujar lo comprendo; lo que no se puede dibujar no lo comprendo».

«Pero no se trata sólo de comprender: es necesario vivir. Antes de abstraer y después de haber abstraído, si no se quiere anemiar la substancia filosófica a fuerza de enclaustrarla, es preciso ponerla en contacto con las realidades de todo género y aún servirse de ella como arma de combate.»

—Usted ha predicado con el ejemplo: no se puede, cuando se han revelado al público francés sus trabajos sobre Goya, en el momento en que nuestros editores publican las traducciones de sus *Tres horas en el Museo del Prado*, *El arte de Goya* y la *Vida de Goya*, en el momento en que la escuela del Louvre le ha encargado a usted un curso público sobre la escultura española, no se puede olvidar su actividad de crítico de arte. Nuestros lectores recuerdan, por lo demás, esa *Oceanografía del tedio** que renueva de manera tan imprevista el cuento filosófico. Esperamos con impaciencia la traducción de *La Bien Plantada*, de *El valle de Josafat* y de ese *Glosario* cuyo texto ha sido sucesivamente catalán y español y que cuenta una veintena de volúmenes. Hay, en fin, su actividad de profesor y de conferenciante...

—En rigor, y a pesar de una bibliografía personal que empieza a ser copiosa, no he escrito, y al mismo tiempo vivido, sino tres obras. Desde luego el *sistema* de que hemos venido hablando: es la obra de un pensamiento que encara su propia

* Traducida al francés y publicada en *Les nouvelles littéraires*, donde también ha aparecido esta entrevista.

unidad. Vienen en seguida los *Glosarios* en que el pensamiento se enfrenta con la multitud de las cosas y de los fenómenos; se puede considerar gran cantidad de los trabajos literarios, aún los que se relacionan con la estética y la crítica de arte, hasta los que tienen un carácter de invención imaginada, más o menos comparables al género de la novela o del ensayo, como otras tantas ramas que parten de ese tronco común que es el *Glosario*. En fin, queda una tercera obra que estaría constituida por los documentos de intervención en empresas de vida activa e idealismo militante.

—Todo lo que concierne al arte ha pasado al primer plano de sus preocupaciones.

—Sí, y no es acaso efecto del azar si (aparte algunas monografías técnicas y memorias filosóficas, traducidas después de muchos años) mis trabajos sobre arte han sido los primeros introducidos en Francia. Se ha prestado mucha atención a mi concepción de lo barroco y del barroquismo y a fórmulas como la que separa, en pintura, «las formas que huyen» de las que «permanecen en pie». Todo esto, en mi espíritu, constituye un capítulo de una encuesta muy amplia sobre la «morfología de la cultura», en que cada forma se estudia en una secuencia de esquemas aplicados sin distinción a productos que pertenecen a dominios muy alejados del arte, de las ciencias, de las instituciones sociales. Así, en un volumen reciente *Las ideas y las formas*, que debe aparecer hacia el comienzo del año próximo, analizo el *estilo* común al arquitecto Palladio y al naturalista Lineo, a la cúpula, como forma de arquitectura, y a la monarquía como forma política, etc.

«Una morfología de la cultura está igualmente en camino de ser formulada en los medios académicos de la Europa Central, pero está en el error de no interesarse sino en las formas primitivas y rudimentarias de los productos del espíritu, en la civilización de las pobladas salvajes y en las civilizaciones prehistóricas. Ciertamente el interés de estos estudios no me escapa: comprobar que la tiara de los emperadores orientales reproduce la forma de los cuernos del toro o que el sombrero de los

jefes de tribus está dibujado como el techado de una cabaña de aldea negra es un hecho instructivo, pero no veo por qué no habría el mismo interés en poner en relación, por ejemplo, la ornamentación «manuelina» de los edificios portugueses del Renacimiento con los elementos proporcionados por la visión de la profundidad del Océano en la época de los descubrimientos marítimos; o que la pintura de Rembrandt está compuesta de elementos distribuidos en forma de *andrajos* como el pobre material que se encuentra en los almacenes de *bric-à-brac* de un ghetto.

«Agreguemos que estas investigaciones sobre el arte y sobre la forma se encuentran, en la hora actual, singularmente facilitadas por el hecho de que parece que el público, por fin, ha aprendido de nuevo a *mirar*, a ver, a servirse de los ojos, reaccionando así contra las consecuencias de una formación abstracta, *toda de lectura*, que ha seguido a la difusión de la imprenta... Se lee hoy *menos bien* acaso que hace cien años. Pero se sabe *mirar* mejor... La multitud de exposiciones de pintura, grandes o pequeñas, el cinema, los escaparates, las informaciones fotográficas, las colecciones y museos de todo orden... *La civilización de mañana será, estoy persuadido de ello, una civilización visual.*»

—Pero la parte literaria de su producción no se limita a trabajos sobre el arte. Acaba usted de decirme que hasta sus cuentos y novelas forman, en ese orden de ideas, ramas que parten del tronco del *Glosario*. En fin, ese *Glosario* está también inspirado en espíritu filosófico.

—Usted sabe que es el *Diccionario filosófico portátil* de Voltaire el que se considera como precedente formal del género. Posiblemente piense usted en las *Conversaciones (Propos)* de Alain: habría mucho que decir a este respecto. Por lo que toca a la inspiración fundamental de la empresa, puedo resumirla en estas palabras: he colocado la obra del *Glosario* bajo el patrocinio de San Cristóbal.

«En las antiguas corporaciones, el trabajo estaba siempre colocado bajo la protección de un Santo. He escogido a San

Cristóbal como patrón del *Glosario* porque San Cristóbal era para sus fieles de la Edad Media uno de los catorce santos cuya devoción tenía una eficacia particular. Defendía contra la «mala muerte», es decir, la muerte por accidente; por esta razón ha sido hecho patrón de los automovilistas. Como tampoco en esa época las gentes tenían tiempo para recogerse, los decoradores de las iglesias tuvieron cuidado de ubicar la imagen del Santo en forma tal que pudiera ser advertida desde afuera y la hicieron grande para que fuese vista de lejos y sin esfuerzo.

«Ahora bien, si esa venía rápida, en medio de la agitación cotidiana, bastaba para defender en una jornada la integridad corporal, debemos dar a todo ser humano el medio, en la alocada dispersión de la vida moderna, de tener un contacto diario, aunque sea muy rápido, con las ideas capaces de santificar una jornada gastada en trajines y cuidados materiales. El tesoro de la vida del Espíritu no debe permanecer encerrado en las Escuelas. Por el diario, por la conferencia, por estampas y afiches en los muros, el Espíritu debe llegar a las multitudes y darles nobleza y dignidad.»

La larga y decisiva campaña de *política de luces* cumplida por Eugenio d'Ors en España, sobre todo en su Cataluña natal, me viene a la memoria cuando habla de esta necesidad de darse, de «ser útil», de «comulgar con el alma popular». Director de Instrucción Pública a los treinta años, a la vuelta de sus viajes de estudio por el extranjero, ha empleado quince años de su vida en fundaciones de cultura. El período de 1910 a 1920 en Barcelona, fué en este sentido especialmente fecundo. «En esa época—me ha confiado—cada quincena estaba señalada ya por la fundación de una escuela, de un instituto de altos estudios, de una biblioteca, ya por la publicación de un libro o de una revista». El esfuerzo debió cesar, vencido en parte, en 1920. «No lamento sin embargo—agrega d'Ors—haberle dado mi juventud. Fueron esos muy bellos días.»

—En 1921 hice un viaje de cursos y conferencias a la Argentina y al Uruguay, en el que el sistema fué desarrollado por primera vez. Después, la Residencia de Estudiantes de Madrid,

la enseñanza de la «Ciencia de la Cultura», la Academia en 1927... Y aún nuevas tentativas de *Aufklärung*, de difusión de las luces.

«Hay algo misterioso en el destino que me conduce de tiempo en tiempo a renovar una especie de antigua alianza con los pobres de la tierra. Permítame, a propósito, evocar un recuerdo de infancia que no me ha abandonado a través de los años y que en las circunstancias decisivas de mi existencia no he necesitado resucitar, de tal modo ha conservado el carácter de una obsesión.

«Hacia el fin del siglo diecinueve las luchas obreras fueron particularmente activas en esa ciudad industrial que es Barcelona. Se celebraba mucho el primero de Mayo. Estas manifestaciones, por lo demás, se desarrollaban a menudo en el paseo elegante en que los niños ricos estaban acompañados de familiares suyos o de institutrices. Pues bien, un día me sucedió perderme en medio de esta multitud, pobre niño abandonado por la mano que me conducía. Me encontré entonces solo por la primera vez en mi vida, solo en medio de todo un pueblo de manifestantes, con las manos enguantadas, con mi famoso gabán forrado en piel, por el cual sentía tanta vergüenza... Pero la corriente de la manifestación que pasaba me incorporó en seguida a sus olas tumultuosas. Y fué así como he pedido, sin sospecharlo y lloriqueando, la jornada de ocho horas.

«Una mujer manifestante se burló de mí y, era fatal, de mi gabán. Otra rió muy fuerte al oír a la primera. Pero una tercera, una obrera de fábrica—veo aún sus cabellos rojos a lo Luisa Michel—viéndome llorar se acercó a mí, me acarició, hizo callar a las desvergonzadas y me dió la mano. Más adelante, me entregó al primer guardián que encontró en su camino. Pero no importa: yo había sido durante algunos minutos, uno de los manifestantes, un manifestante del primero de Mayo.

«El contacto de esa mano recia en la mía demasiado tierna, lo he seguido sintiendo toda mi vida. Lo siento todavía. Fué una especie de pacto tácito, una alianza sellada para siempre.

«Y es por eso quizá que, filósofo encerrado en las especu

laciones más abstractas, esteta enamorado de los juegos formales más raros, escritor oscuro, se dice, amigo de los medios más cerrados y de las sociedades más exquisitas, no he podido, a pesar de todo, enclaustrarme en la famosa torre de marfil de los *dilettanti* egoístas, y una impulsión casi constitucional me ha empujado siempre a querer *servir bien*, a tratar de hacerme útil, aún en las formas más modestas.»

—¿Las obras de vulgarización no le han disgustado a usted?

—Rehusó en general a dar ese nombre a páginas que se relacionan más bien con un orden de conocimientos dialécticos, traducidos en formas rígidas y vivas, que no traicionan sin embargo la complejidad o la dificultad de los problemas. Muy al contrario, puede pensarse que hay aquí una actividad pura en la busca del saber por el hombre. Recuerde usted cómo según la Escolástica (y aún según Aristóteles) la jerarquía de las inteligencias coloca más alto a los que llegan a conocer por los actos más simples y menos numerosos, las de los ángeles, por ejemplo, y, en forma suprema, la de Dios. No estaría lejos yo de reclamar el título de «conocimiento angélico» como aplicable a esas formas de operación intelectual en que una amplia impiedad podría persistir en ver sólo una «vulgarización». Sócrates, que manifestaba su saber en los mercados y en formas alegres, haría figura de ángel al lado de la enseñanza pedantesca de los sofistas de su tiempo y algunas obras de gran alcance, a despecho de las formas más sociables y de mejor compañía, reproducen este mismo carácter angélico... Pienso sobre todo en algunos productos esencialmente franceses: el *Discurso sobre el Método*, por ejemplo, o algunas *Memorias* de Lavoisier.

—Se ha señalado que, desde cierto tiempo, usted emplea con predilección las palabras «ángel», «angélico». En una *Carta abierta* a nuestro amigo Valery Larbaud, que *Le Roseau d'Or* ha publicado, usted mismo hace alusión a algunos estudios que se relacionarían con este orden, muy misterioso, del saber.

—Baste por el momento que le diga que a las cualidades profesionales, muy diferentes, que se me han podido atribuir

hasta hoy, podría acaso agregarse otra: la de «teólogo». Y he aquí, al menos, un puesto que puede ligarme a las tradiciones nacionales. La profesión de teólogo sigue siendo a los ojos del mundo una cosa de color bien español, ¿no es cierto?

«En todo caso puedo responderle que, cualquiera que sea la orientación que tienen esos estudios, sigo demasiado fuertemente anclado en la tradición científica occidental, en la actitud de vida del «laicismo secular y mundano», para hacerme profeta. Un profeta es un hombre que tiene una larga barba y no he oído hablar jamás de un profeta que supiera nadar.»

Al decir estas palabras el filósofo se sume y reaparece en seguida algunos metros más lejos, agitando el agua con una mano vigorosa.